

**APROXIMACIONES A LA IDEA DE NACIÓN:  
CONVERGENCIAS Y AMBIVALENCIAS DE UNA COMUNIDAD  
IMAGINADA**

Approximations to the idea of nation: convergences and ambivalences of an  
imagined community

*Luciana Andrea Mellado\**

Resumen

Este artículo repasa, críticamente, un *corpus* bibliográfico referido a la nación y reflexiona sobre sus posibles relaciones intertextuales. Su objetivo es esbozar un soporte teórico básico para pensar posibles vínculos entre nación y narración, particularmente, considerando la importancia que esto tiene para la investigación de las literaturas nacionales.

Palabras clave: nación, nacionalismo, imaginarios sociales, comunidad imaginada.

Abstract

This article reviews, critically, a bibliographical *corpus* related to the nation and reflects upon its possible intertextual relations with the objective of outlining a basic theoretical support to think of possible relationships between nation and narration, particularly considering the importance that this has for research of national literatures.

Key words: nation, nationalism, imaginary social, imagined community.

PRESENTACIÓN

Al repasar parte de la profusa bibliografía referida principal o lateralmente a la nación nos encontramos con dos hechos evidentes: la falta de acuerdo para definir, explicar y valorar dicho concepto, y la multiplicidad de perspectivas para hacerlo. En términos teóricos, la nación aparece como un lugar para la discordia y, también, para la pluralidad. La nación es un *problema* “*problemático*” cuya resolución no puede brindarlo ninguna exégesis bibliográfica, ni responderlo ninguna deriva entendida como frecuentación de textos, a pesar de lo cual esperamos, tal como expresa De Oto, que esta frecuentación “al menos en el acto político de su imaginación, permita ampliar nuestras encuestas sobre ella” (2004:39).

El carácter problemático, ambivalente y multívoco del concepto de la nación es advertido por la mayoría de los autores que emprenden la tarea de teorizarla. A guisa de ejemplo, y para restringirnos a dos cercanos en el tiempo, podemos nombrar a Gil Delannoi y a Homi Bhabha, cuyos planteamientos sobre el tema tienen varios e importantes puntos de contacto. Ambos van a ser compiladores, en la década de 1990, de textos que acometen la empresa de reflexionar sobre lo nacional. Gil Delannoi y Pierre-André Taguieff compilan *Teorías del nacionalismo* (1993), en tanto que Homi Bhabha publica *Nación y narración* (1990).

Gil Delannoi escribe el primer capítulo de la compilación bajo el título “La teoría de la nación y sus ambivalencias”. Allí, repara en el carácter múltiple de la nación y en la inestabilidad de sus sentidos. Observa la gran dificultad para conceptualizar el término en el que “las teorías de la nación no se ponen de acuerdo y parecen hallarse ante una evidencia que deslumbra, una certidumbre que se evapora” (9). Delannoi explica que la dificultad constante para ofrecer una definición de lo nacional no puede resolverse postulando un significado unívoco, pues la nación es un ente ambivalente, y esa ambivalencia, lejos de ser un escollo para la teorización, es una posibilidad de aprehender una noción móvil y plural.

Lugar de la convergencia, en la nación se intersectan lo teórico y lo estético, lo orgánico y artificial, lo individual y colectivo, lo universal y particular, lo independiente y dependiente, lo ideológico y apolítico, lo trascendente y funcional, lo étnico y cívico, y lo continuo y discontinuo. Lugar de lo híbrido, la nación pone en juego tensiones y ambigüedades que impiden plantear cualquier recorte del objeto o de la perspectiva de estudio como un estado concluyente y definitivo de la cuestión. Tal como expresa Delannoi, “no se capta todo el fenómeno nacional sino por sus ambivalencias. Sin las ambivalencias, la visión necesariamente resulta trunca. Las ambivalencias, ya sean explícitas o implícitas, abundan siempre, en el interior de una misma concepción, entre concepciones competidoras o rivales” (9). La ambivalencia, entonces, caracteriza —por un lado— a los posicionamientos epistemológicos que se pronuncian sobre lo nacional, tanto en sus relaciones intertextuales como en el propio interior de su discurso y, por otro lado, tiñe el propio objeto que se pretende definir. La nación va a atravesar las teorías sin pertenecer totalmente a ninguna.

Homi Bhabha, en “Narrando la nación” —texto que presenta su selección— también señala la ambivalencia del concepto. Ambivalencia que encuentra tanto en el concepto mismo como en “el lenguaje de quienes escriben sobre ella y que vive en quienes viven en ella” (211). Lo que reconoce Homi Bhabha, podría decirse, es una inestabilidad semántica que afecta tres elementos: a la noción teórica, al discurso que la construye, y a la

### *Aproximaciones a la idea de nación: convergencias y ambivalencias*

vivencia que lo legitima. La subjetividad histórica, entonces, atraviesa al objeto, al sujeto y al lenguaje que aparece terciando la relación de un modo constitutivo y no meramente regulativo.

Bhabha explica, además, que esta ambivalencia “emerge de una creciente conciencia de que, a pesar de la certeza con la que los historiadores escriben sobre los “orígenes” de la nación como un signo de la “modernidad” de la sociedad, la temporalidad cultural de la nación inscribe una realidad social mucho más transitoria” (211-12). Una nación, entonces, no puede pensarse en términos de clausura, como algo que es, sino que debería considerarse como una figura en tránsito constante, *in media res*, como algo que está siendo y, a la vez, se está haciendo continuamente.

En la indeterminación conceptual de la nación, Bhabha no encuentra una limitación para su análisis. Al contrario, recomienda acercarse a ella a partir de su desplazamiento entre vocabularios, para analizar “qué efectos tiene esto sobre narrativas y discursos que significan un sentido sobre la “nacionalidad” (213). Bhabha critica diversas tendencias a “leer la nación restrictivamente” (214), por ejemplo, las que la entienden exclusivamente como un aparato ideológico del Estado, o las que la interpretan sólo como una expresión del sentimiento nacional popular guardado por una memoria radical. Al igual que Delannoi, Bhabha propone la exploración de la ambivalencia de la nación como un mejor modo de conocerla y reflexionar sobre ella.

#### LA NACIÓN: IMAGINACIÓN Y NARRACIÓN

Cornelius Castoriadis afirmaba, hace poco más de tres décadas, que la comprensión de la historia se volvería inconcebible si no se considera la imaginación productiva o creadora, tal como se manifiesta en la conformación de un universo de significaciones (253), que se articula con el mundo material, y en función del cual se constituye y organiza el mundo social. Castoriadis expresa que, “(e)l imaginario debe entrecruzarse con lo simbólico, de lo contrario no hubiese podido ‘reunirse’, y con lo económico funcional, de lo contrario no hubiese podido sobrevivir” (227). Efectivamente, no podemos comprender el mundo social sin un factor unificante que proporcione un sentido y lo entreteja con las estructuras simbólicas. Pero sucede que este factor no puede ser entendido como un real, ya que cada sociedad constituye su real, obligándonos a enfrentarnos, así, a la relatividad de lo que cada colectivo imagina como “nosotros”.

Según Daniel Lvovich, la visión de Castoriadis —lejos de presentar una ruptura en el desarrollo teórico de los estudios sociales— “se articula con una larga tradición filosófica y sociológica, en la que la figura de Emile Durkheim

ocupa una posición central” (71). Recordamos este dato no con la intención específica de rastrear una genealogía conceptual, sino con el propósito de mostrar la larga tradición —y la fuerza teórica— que tiene la idea del imaginario social, problemática que, en las últimas décadas, se vio frecuentemente abordada y reelaborada, volviéndose parte del “sentido común” de los analistas sociales la consideración de que la dimensión imaginaria de la sociedad no constituye un mero reflejo de su dimensión material sino que, por el contrario, colabora en darle un sentido, una significación. Constantemente frecuentado, en los últimos años este debate nos deja algunas referencias ineludibles al momento de repasar la cuestión. Encontramos tres textos especialmente importantes para pensar la dimensión imaginaria de la nación: *Los imaginarios sociales* (1991) de Baczko, “La política del significado” (1991) de Clifford Geertz y *Comunidades imaginadas* (1993) de Benedict Anderson. Los dos primeros ofrecen una conceptualización general sobre los efectos y las funciones de las representaciones simbólicas en la sociedad, en tanto que el tercero analiza específicamente cómo estas representaciones modelan la idea de la nación.

En *Los imaginarios sociales*, Baczko se centra en la relación entre imaginarios sociales y poder político, sosteniendo que —a lo largo de su historia— las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias representaciones globales, a través de las cuales se dan una identidad. Sostiene Baczko que “(e)stas representaciones de la realidad social (y no simples reflejo de ésta), inventadas y elaboradas con materiales tomados del caudal simbólico, tienen una realidad específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos, en las múltiples funciones que ejercen en la vida social” (8). Baczko explica que las representaciones con que se imagina cada sociedad le permiten no sólo definir sus propios rasgos identitarios sino percibir también sus divisiones, legitimar sus poderes y elaborar modelos formadores para sus ciudadanos.

Por su parte, en “La política del significado”, Clifford Geertz sustenta un concepto de cultura de carácter semiótico. Explica que por ser el hombre un animal envuelto en tramas de significación que él mismo creó, el análisis de la cultura ha de ser el objeto de una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Sostiene Geertz que la cultura es pública, un documento activo que no existe en la cabeza de alguien, a pesar de que contiene ideas, y que no es una entidad oculta, a pesar de que no es algo físico. Afirma que “(u)na vez que la conducta humana es vista como acción simbólica (...) pierde sentido la cuestión de saber si la cultura es estructurada, o una estructura de la mente, o hasta las dos cosas juntas mezcladas (...) aquello por lo que hay que preguntar es por su sentido y valor” (264). Dos elementos subrayan estos

### *Aproximaciones a la idea de nación: convergencias y ambivalencias*

planteamientos de Geertz. Por un lado, el carácter no natural de la cultura y, por otro, el carácter configurador que lo simbólico tiene respecto de la sociedad de la que se alimenta y a la vez, a la que nutre.

El enfoque de Benedict Anderson sobre las naciones y el nacionalismo comparte —aunque no remita a ninguno de los autores anteriormente citados— este conjunto de supuestos. En la introducción a *Comunidades Imaginadas*, sostiene como punto de partida “la afirmación de que la nacionalidad, o la “calidad de nación” —como podríamos preferir decirlo, en vista de las variadas significaciones de la primera palabra— al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular” (21). La hipótesis es fuerte y clara: la nación es una construcción social específica. Dicha construcción no es estable, puesto que participa de la dinámica histórica, por lo cual todo análisis de la nación y del nacionalismo requiere —plantea Anderson— “considerar con cuidado cómo han llegado a ser en la historia, en qué formas han cambiado sus significados a través del tiempo y por qué, en la actualidad, tienen una legitimidad emocional tan profunda” (21).

La cita anterior pone de relieve tres presupuestos: la historicidad del concepto, la variabilidad en sus significaciones y su vínculo con los sentimientos colectivos. Estos tres elementos cruzan la definición de Anderson que entiende a la nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (23). La nación es “imaginada” porque ni siquiera los integrantes de la más pequeña de éstas conocerán nunca a la mayoría de sus compatriotas, no los verán y ni siquiera oirán hablar de ellos, a pesar de lo que “en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (23). Anderson recuerda que a esta imagen ya se había referido Renan, en su célebre conferencia “Qué es la nación” (1882), cuando sostuvo que “la esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también que todos hayan olvidado muchas cosas”. De lo dicho se infiere que lo que comparten los miembros de una nación —tanto según Renan como según Anderson— no se restringe a los acontecimientos históricos efectivamente existentes sino que incorpora un caudal de elaboraciones intersubjetivas de sus significados, elaboración imaginaria que supone —entre otras cosas— recortes, negaciones, omisiones y olvidos; tema este último sobre el que se insistirá más adelante.

Por el carácter representado de las naciones, Anderson explica que éstas no pueden pensarse en términos de falsedad o verdad de sino “por el estilo con el que son imaginadas” (24). Comunidad, limitada y soberana es cómo se imagina la nación. Comunidad porque, independientemente de la desigualdad que entre sus miembros pueda prevalecer, ella “se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal” (25). Limitada porque,

*Luciana Andrea Mellado*

por un lado, incluso la más grande de ellas tiene fronteras finitas que la separan de otras naciones y, por otro lado, ninguna “se imagina con las dimensiones de la humanidad” (25). Soberana, porque sueña con ser libre, encontrando la garantía de esta libertad en el Estado soberano.

Ahora bien, la representación de la nación está lejos de ser un producto espontáneo, uniforme y natural. No lo es, en primer lugar, porque surge de una contingencia histórica; es un ente moderno y, en segundo lugar, porque en la nación convergen y se intersectan, tal como explica Delannoi, lo orgánico pero también lo artificial. Si pensarla en términos de lo orgánico remite a lo vital, a lo natural, y presupone relaciones filiales entre los miembros de una nación, pensarla en términos de lo artificial supone reconocer el carácter construido de la nación. Desde esta última perspectiva lo que es nacional se presenta no como lo dado sino como lo elaborado. Los mitos, las costumbres y las lenguas son, según Delannoi, efectivamente datos iniciales, pero ellos “no adquieren poder sino por la repetición, la difusión y, en definitiva, la construcción” (11), para la cual serán fundamentales algunos instrumentos como el ejército, la escuela y los medios de comunicación, elementos que vehiculizan la idea de la nación, a la vez que la modelan como comunidad imaginaria y política. Delannoi explica que desde la metáfora de lo artificial “es por una construcción imaginaria como la conciencia crea la nación y, luego, es por una construcción práctica como una entidad política refuerza la nación y la sostiene” (11). Para esta doble construcción, será crucial la función configuradora y organizadora de la escritura de lo nacional, tema que —entre otros muchos— abordan Homi Bhabha y Beatriz González Stephan, según se verá sucintamente a continuación.

En “Narrando la nación”, Bhabha plantea que la racionalidad de la nación “emerge como una forma de narrativa, estrategias textuales, desplazamientos metafóricos, subtextos y estratagemas figurativas” (213). Para la imaginación de la nación, entonces, es crucial el papel de las narraciones encargadas de construir discursivamente su significación histórica. Por la importancia de la relación nación-narración es que este autor encuentra fundamental estudiar el modo como se escribe la nación, puesto que esto “muestra la temporalidad de la cultura y la conciencia social más a tono con el proceso parcial, sobredeterminado por el cual el significado textual es producido a través de la articulación de diferencia en el lenguaje” (213). Lo que Bhabha subraya es la performatividad del lenguaje que no sólo designa una realidad preexistente, sino que se entreteje con ella, la direcciona y configura. Reconocida la preponderancia de lo discursivo, la nación es entendida como “una agencia de narración ambivalente que sostiene la cultura en su posición más productiva” (214-5).

### *Aproximaciones a la idea de nación: convergencias y ambivalencias*

En esta misma línea, en “Economías fundacionales. Diseño del cuerpo ciudadano” (1996), González Stephan sostiene que las constituciones, gramáticas y manuales escritos en el siglo XIX en América Latina son, en cierto sentido, “la escritura fundacional por antonomasia” (27), y lo son, porque constituyen los centros desde los que se irradia la ley del Estado, la lengua nacional y el cuerpo ciudadano. Cada uno de estos formatos textuales va a trazar el perfil del sujeto deseado que necesita el nuevo espacio jurídico que se está construyendo. Son los encargados de construir los marcos del sujeto legal en tanto perteneciente a ciudad escrituraria, y en tanto agente de las fuerzas productivas y morales del proyecto nacional. La escritura que la autora llama “de policía” va a diseñar desde la fundación imaginaria y escrita de la nación una oposición, un límite que separa lo legítimo de lo ilegítimo. Por un lado, va a ubicar “la urbe, el Estado, la industria, el progreso; por el otro, el campo, el caudillo, la casa-grande” (27). Y no sólo los va a contraponer, sino que va a desautorizar los segundos términos.

Según González Stephan, si bien la nación que escriben las minorías letradas, ya entrado el siglo XIX, se postula como expansiva, puesto que “efectivamente tuvo la capacidad de englobar-domesticar a comunidades diferenciales” (23), éstas ofrecieron resistencia y no fueron inmediata ni totalmente “normalizadas” por la escritura disciplinaria de las primeras constituciones, gramáticas y manuales. Advierte González Stephan que, “(m)ás bien habría que pensar en una tensión y si acaso lucha, no siempre cómodamente resuelta entre los universos postulados por la escritura reguladora y la dinámica de la realidad” (23).

Es interesante cómo, al señalar este rasgo conflictivo de la nación escrita, González Stephan viene a reelaborar y a enriquecer algunas ideas de Anderson y Bhabha. Ella nos muestra que la nación como “comunidad imaginada”, tal como el primero de éstos la define, no lo es, sólo o principalmente, por la imposibilidad del conocimiento directo de sus miembros, sino porque hay una imaginaria fundacional en su propia formación; imaginaria compuesta por ideas, presupuestos y valores promovidos por los grupos de poder e instrumentalizados y difundidos por una escritura normativa.

González Stephan nos muestra, también, que el carácter ambivalente y plural de la nación como agencia de narración que señala Bhabha no puede generalizarse y caracterizar a todos los lugares y a todas las épocas, puesto que en el siglo XIX, las naciones de Latinoamérica se encontraban muy lejos de ofrecer un vasto y heterogéneo repertorio de portavoces de lo nacional. Quienes podían narrar la nación pertenecían a un pequeño grupo de miembros de una ciudad escrituraria que difícilmente podían representar e, incluso, imaginar la heterogeneidad cultural de sus sociedades. Por supuesto, esto no

*Luciana Andrea Mellado*

significa negar la pluralidad constitutiva de nuestras comunidades sino, más bien, relativizar la fortaleza que sus discursos subalternos tuvieron, inicialmente, en la conformación imaginaria de la nación.

#### LA NACIÓN Y EL TIEMPO

Desde una perspectiva temporal, podemos vincular la nación con las ideas de proyecto, memoria, sucesión y devenir histórico, mito de origen y, como anota Vernik, “otras simbologías nacionales-estatales que se desprenden de un tipo específico de construcción historiográfica” (2004:9). Inicialmente, debemos reconocerle a la nación un origen histórico. La nación es un ente moderno. Tal como advertía Renan, las naciones son “cosa bastante nueva en la Historia; no eran conocidas en la antigüedad” (55), surgidas por el “resultado histórico producido por una serie de hechos que convergen en igual sentido” (57). Estos hechos, cuya complejidad no pretendemos clausurar en este trabajo, vienen a mostrar cómo las naciones son una contingencia y no una necesidad universal, aunque sea difícil actualmente concebir un hombre sin nación.

La nación tiene un principio histórico y, probablemente, también un final puesto que, como advierte Renan, ellas “no son algo eterno. Han comenzado y concluirán” (66). Probablemente, señala Renan, las reemplazará la confederación europea, pero no actualmente. Renan sostiene, además, que “la existencia de las naciones es buena, e incluso necesaria. Su existencia es la garantía de la libertad, que se perdería si el mundo no tuviera más que una ley y un dueño” (66). Esta valoración perdura aún en nuestro tiempo, cuando el término nación se vuelve incómodo porque evoca las ideas del Estado-nación autónomo y de autarquía social, concepto que es —como diría Jameson— “en la era posmoderna, inaccesible para todos” (131).

El desarrollo de la nación puede ubicarse, en Europa, en los siglos XVI y XVII.<sup>1</sup> Este artefacto cultural va a poder constituirse en América Latina a lo

---

<sup>1</sup> Jean Baechler, en “La universalidad de la nación”, propone entender la nación como una “morfología” que puede caracterizarse en rasgos objetivos y subjetivos, y que tiene una génesis y una evolución precisa. Dice, al respecto, que “(n)o hay dudas acerca de que esta morfología nació en Europa en los siglos XIV y XV, de que se desarrolló y precisó entre los siglos XVI y XVII y que conoció su expansión mayor entre la Revolución Francesa y la Segunda Guerra Mundial” (15). Benedict Anderson, en *Comunidades imaginadas*, posterga en varios siglos este nacimiento, y propone que la nacionalidad, o la “calidad de nación”, es un artefacto creado “a fines del siglo XVIII” (21). En nota a pie de página justifica esta idea, recordando que “los dos ‘padres fundadores’ de las investigaciones académicas sobre el nacionalismo, Hans Kohn y Carleton Hayes, propusieron persuasivamente esta fecha” (21). Adoptamos la cronología que propone Baechler, y no la de Bhabha, porque creemos que, al proponer períodos previos más dilatados y extensos, da cuenta mejor del carácter lento y gradual del nacimiento de la nación

### *Aproximaciones a la idea de nación: convergencias y ambivalencias*

largo del siglo XIX; pero, como observa González Stephan, en este subcontinente “(l)a configuración del Estado nacional se va concretando en una lenta dinámica que hunde sus raíces en un proceso anterior al XIX, donde ciertas prácticas sociales anticipan modalidades de la futura sociedad liberal disciplinaria” (21). Resumiendo, la nación es un hecho moderno cuyo nacimiento y desarrollo no es globalmente idéntico ni simultáneo en todos los lugares.

Además de contingente, la nación es temporalmente continua y discontinua. La continuidad asegura cierta estabilidad en las identificaciones de un “nosotros” histórico, postulado indispensable para conocer mejor la nación porque “sólo describiendo sus metamorfosis se prueba la persistencia del fenómeno nacional” (Delannoi 16). Lo discontinuo, por su parte, da cuenta de los frecuentes movimientos de la conciencia nacional en busca de su legitimación. El nacionalismo, tanto el progresista como el reaccionario, apela generalmente a un despertar y a un sobresalto; vuelve al pasado para proyectarse al porvenir. La historia moderna desde esta perspectiva es, como la entiende Delannoi, “una serie de fases de excitación y de adormecimiento de la nación” (16). Estas fases presuponen una tensión constante en las comunidades nacionales entre, por un lado, lo que recuerdan y proyectan, y por otro, lo que olvidan o silencian. Se trata, en ambos casos, del ejercicio de una memoria selectiva de la que ya daba cuenta Renan en “Qué es la nación”.

La pregunta que Renan formula en una célebre conferencia, en 1882, ante un selecto auditorio reunido en la Sorbona es constantemente revisitada. En ella, Renan sostiene una concepción claramente voluntarista para definir lo nacional. La nación, “un alma, un principio espiritual” (65), se asentaría en una doble plataforma: una proviene del pasado que proporciona un legado de recuerdos en común; la otra, del presente en que se reafirma la voluntad, el consentimiento de una agrupación de hombres para vivir juntos y, consecuentemente, el deseo de mantener dicha unión a través de un programa a realizar que se comparte. Para que esta “conciencia moral” (66), que es la nación, sea legítima debe anteponerse el derecho colectivo por sobre el individual, el que debe abdicarse en provecho del bien común.

Voluntad de unión, renuncia al individualismo y una memoria en común van a ser —en este planteamiento— más importantes para comprender lo nacional que la raza, la lengua, la religión y la geografía, criterios cuya insuficiencia se demuestra a través de ejemplos y observaciones históricas.

---

como forma de organización social, cuyos principios de cohesión y coherencia ya se estaban gestando en otras morfologías previas. De todos modos, la polémica historiográfica excede en mucho la intención y profundidad de este trabajo.

Ahora bien, además de impugnar los criterios antedichos para precisar lo nacional y de ofrecer una definición en términos afirmativos de la nación, cuya existencia se concibe como “un plebiscito de todos los días” (65), Renan identifica un prerrequisito fundamental para la constitución de ésta: el olvido. Repara que en el origen de todas las formaciones políticas se encuentran hechos de violencia: la “unidad siempre se hace brutalmente”, señala, para agregar luego que “la esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también que todos hayan olvidado muchas cosas” (57), justamente, esos actos de violencia por los que lo diverso se unificó.<sup>2</sup>

Para propender a la cohesión nacional, entonces, la memoria debe realizar dos operaciones: por un lado, olvidar los conflictos y las disputas entre grupos orgánicos pre-nacionales; por otro, recordar un pasado en común que les dé un anclaje histórico. Estas recordaciones serán, según Renan, más efectivas para la constitución y mantenimiento de la nación cuanto más dolorosas sean, ya que “(e)n cuestión de recuerdos nacionales más valen los duelos que los triunfos, pues ellos imponen deberes; piden esfuerzos en común” (65). En el planteamiento de Renan, la temporalidad sobre la que se asienta la nación es fundamental. En contraposición a las posturas románticas que “descansaban en un pasado naturalizado y minimizaban la dimensión del porvenir” (Torres, 84), en la lectura de Renan el tiempo —el pasado, el presente y el futuro— aparece como principio fundante de la nación.

La nación atañe a una dimensión temporal, tanto porque su propio nacimiento y desarrollo obedecen a diversos acontecimientos históricos, ni naturales ni universales, como porque su consolidación y permanencia ponen en juego particulares usos de la memoria comunitaria a la vez que presuponen un anclaje en el pasado y una voluntad presente de proyección, es decir, una apuesta a la futuridad. La naturaleza es, definitivamente, temporal, pero, además, el modo en que se la conoce, en su dinamismo, debe incorporar este rasgo; debe considerar no sólo las permanencias sino los cambios, las mutaciones de las sociedades y los discursos nacionales en el tiempo y, también, por supuesto, en los espacios. En esta tarea es enriquecedor el aporte del discurso historiográfico que, como dice De Oto, “trabaja con la más radical de las diferencias, el pasado, y actúa en el horizonte de la

---

<sup>2</sup> Ernest Gellner también nota la importancia del olvido, al recordar que “el nacionalismo tiene amnesias y selecciones propias que, aún pudiendo ser rigurosamente seculares, pueden ser también profundamente deformadoras y engañosas” (82).

### *Aproximaciones a la idea de nación: convergencias y ambivalencias*

sincronicidad entre ese pasado y el presente” (43). Dicha sincronía, según De Oto, “se produce más por la encrucijada cultural en la que la pregunta historiadora se lleva a cabo que por una razón inherente al proceso descrito o estudiado” (43). El razonamiento advierte sobre la importancia que tiene el presente, tanto fáctico como representado, en que se sitúa el analista para la significación de la nación conceptualizada. El historiador, pero también cualquiera que pretenda reflexionar sobre la nación, realiza un recorte de este objeto y establece relaciones explicativas que no son inmanentes a él sino, más bien, a su lectura.

#### LA NACIÓN Y EL ESPACIO

La nación, desde el punto de vista territorial, se nos presenta, entre otras cosas, como geografía política, límite socioespacial, caudal de riquezas naturales, sistema cartográfico y circuito de medios de transporte y comunicación. Sus fronteras naturales son un criterio insuficiente para delimitarla puesto que, como ya advertía Renan, mientras en algunos casos ríos y montañas dividen una nación de otra, en otros casos las atraviesan sin debilitar su unidad. No es la geografía un parámetro determinante y concluyente para delimitar los bordes de una nación y la doctrina que defiende este parámetro como un *a priori* puede calificarse como arbitraria y funesta, puesto que con ella “se justifican todas las violencias” (Renan, 64). Como espacialidad, entonces, la nación es un objeto de deseo que, en distintos momentos históricos, enfrenta diferentes fuerzas sociopolíticas que persiguen su apropiación.

Este empeño de delimitación y de control territorial va a estar presente, en América Latina, tanto en los proyectos imperiales de los períodos de la conquista y de la colonia, como en el inicio de los proyectos nacionales. Baste como ejemplo recordar la conquista del desierto en Argentina (1879) como apropiación de un espacio tanto físico como simbólico para consolidar un mapa de la nación. Esta campaña cierra definitivamente la cuestión de la frontera, destruyendo toda resistencia indígena, desde el extremo sur de la provincia de Buenos Aires hasta la Patagonia. La frontera que avanza sobre la pampa contribuye a hacer desaparecer no sólo físicamente a los indios que ocupan estos territorios, sino que también transforma la naturaleza, condiciona y selecciona la fauna primitiva e incorpora un espacio “vaciado” de cultura para la cartografía política de la nación.

El problema que pone de relieve el caso argentino es el de las fronteras internas que representaban, en la segunda mitad del siglo XIX, un problema para toda América Latina. Blengino explica que la presencia de estas fronteras opera como estímulo y como desafío para medir las propias ambiciones

territoriales y advierte que “todas las naciones del continente, durante el período de la conquista, el período colonial y el período posterior a la independencia del poder metropolitano, se configuran como territorios en continua expansión, cuyas fronteras internas mantienen límites muy elásticos” (25). Esta explicación señala, siempre ciñéndose al período observado, dos características de la frontera como hecho espacial: por un, sus desplazamientos reales o virtuales revelan los deseos nacionales por controlar y extender la mayor territorialidad posible y, por otro, sus constantes movimientos muestran tanto su inestabilidad como su arbitrariedad.

En las fronteras —tanto las delimitaciones internas como las que separan a un país de otros, en los períodos fundacionales de la nación— qué espacios son incluidos y cuáles son excluidos de su proyecto político hegemónico. Es decir, ¿Se articulan con el tema de la identidad nacional en cuanto comprometen la organización territorial, social y económica? Por otra parte, las soluciones al problema de las fronteras condicionan la composición étnica de las naciones, cuyas mayorías poblacionales, como observa Gellner en *Naciones y nacionalismo*, “viven, o han vivido hasta hace poco, no en unidades territoriales homogéneas, sino entremezcladas unas con otras en moldes complejos” (1991: 15). La heterogeneidad geocultural será frecuentemente combatida y la uniformización de espacios e identidades se hará, como afirma Gellner, “bien exterminando, bien expulsando, bien asimilando, a todos los no nacionales” (15). Lo que se presupone y está en juego, entonces, son las relaciones de poder para imponer los significados y las reglas de lo nacional, imposición que no descarta el ejercicio de la violencia y la constitución de una alteridad con cuya contraposición se define la propia identidad nacional.

De allí que el lugar de la cultura nacional va a ser forzado a unificarse constantemente, pero ocurre que esta localidad “no es ni unificada ni unitaria en relación consigo misma, ni debe ser vista simplemente como “otra” en relación con lo que está afuera o más allá de ella” (Bhabha 215). No son simples contraposiciones o antagonismos fijos las relaciones que estructuran el espacio de la nación y, como sostiene Bhabha, “el problema del adentro/afuera debe siempre ser en sí mismo un proceso de hibridación, incorporando nuevos “pueblos” en relación con el cuerpo político, generando otros espacios de significado” (215). No hay que dejar de señalar el carácter axiológico y deóntico que tiñe estas expresiones, puesto que la afirmación de hibridación, incorporación y apertura en el discurso nacional corresponde más a la tendencia que, valorada positivamente, “debería” cumplirse antes que a las evidencias históricas.

## *Aproximaciones a la idea de nación: convergencias y ambivalencias*

### LA NACIÓN Y EL ESTADO

La nación y el Estado son hechos contingentes pero, como advierte Gellner, “no son una misma contingencia” (19). Como observa Gellner, a pesar de que sus emergencias no fueron idénticas, es discutible postular que “la idea normativa de nación, en su sentido moderno, no supuso la existencia previa del Estado” (20) el que, por otra parte, al fusionarse con una voluntad y cultura en común —dos elementos constitutivos de lo nacional— “se convierte en norma, y en una norma que no es fácil ni frecuente ver incumplida” (80).

Max Weber definió al Estado como el agente que posee el monopolio de la violencia legítima dentro de la sociedad. Según Gellner, la idea que subyace en esta caracterización es la de que en las sociedades organizadas “como la mayoría de aquellas en que vivimos o deseamos vivir, la violencia particular o sectorial es ilegítima” (Gellner, 16). De este modo, el uso legítimo de la violencia sería el criterio fundamental para entender el rol del Estado en la vida de las naciones. Ahora bien, la idea de que el Estado es aquel agente que, fuertemente centralizado, encuentra en el uso de la fuerza una forma socialmente autorizada para mantener el orden social si bien concuerda con las intuiciones morales de la mayoría de los miembros de las sociedades modernas, no termina de ser del todo satisfactoria, ya que existen casos de “estados” que no monopolizan la violencia legítima en el territorio que controlan.<sup>3</sup>

Gellner señala que, a pesar de que existan estados que carecen de la voluntad o de los medios para ejecutar su monopolio de la violencia legítima, éstos “siguen siendo en muchos aspectos estados reconocibles” (16) y, esto es así, no tanto por la fuerza física que ellos puedan desplegar sino por el poder que ejerce el conjunto de sus instituciones en el mantenimiento del orden. La existencia de dichas instituciones, como la policía y los tribunales, requiere que éstas se hayan diferenciado y separado de la vida social, es decir, presuponen la división social del trabajo. “Donde no hay división del trabajo ni siquiera puede empezarse a hablar de Estado” (17), sostiene Gellner, especificando que dicha división sólo puede llevarse a cabo en una etapa “industrial” de la humanidad, precisamente porque esta etapa, que en su planteamiento le sucede a una fase preagraria y a una agraria, es la única que impone, de un modo específico y diferenciado en las relaciones económicas,

---

<sup>3</sup> Al respecto, Gellner recuerda que, por ejemplo, “(e)l Estado iraquí, bajo protectorado británico tras la Primera Guerra Mundial, toleraba las correrías tribales siempre y cuando sus protagonistas las comunicasen obedientemente en el puesto de policía más cercano antes y después de la expedición, dejando un metódico parte burocrático de la matanza y el botín” (16).

la creación de instituciones especializadas, exclusivamente, en mantener la sociedad en orden.

Al igual que Gellner, González Stephan reconoce el poder disciplinador de las instituciones y se ocupa de aquellas que despliegan las prácticas discursivas que, en torno a la nación, efectiviza el Estado. Así, constituciones, registros, censos, mapas, gramáticas, y tratados de higiene, entre otros, conformarían un conjunto de “tecnologías especializadas” del orden público que, tal como dice la autora, “coercionan, controlan, sujetan, regulan con docilidad el movimiento de los cuerpos para hacer de ellos subjetividades domesticadas, sujetos del Estado” (22). En lo que repara nuestra lectura es en el poder del Estado no sólo para controlar el espacio público de la nación, sino para crearlo.

El Estado, capaz de “ejercer cualquier tipo de represión y brutalidad a fin de suprimir disidencias legítimas y la pluralidad esencial de nuestra sociedad” (Ahmad, 1996: 97), ha utilizado a la nación como instrumento de múltiples usos. La ha usado para consolidarse, legitimándose y reforzándose en su nombre y la ha convertido en un frecuente objeto de politización. Pero sucede, también, que la nación ha visto —y continúa viendo en él— la garantía de su libertad y soberanía.

#### NOSOTROS Y LOS OTROS EN LA NACIÓN

Renan —en la conferencia ya aludida— negó, como ya observamos, que la raza, la religión, la lengua, la geografía o la comunidad de intereses sea la pauta determinante para construir el “nosotros” nacional<sup>4</sup> y propuso, en cambio, la fuerza unificante de la voluntad humana de unión. Esta idea es aceptada en términos generales por Gellner que, sin embargo, reconoce que su generalidad la transforma en una explicación imprecisa. Al respecto, dice que “aun cuando la voluntad sea la base de una nación (parafraseando una definición idealista de Estado) lo es, a la vez, de tantas otras cosas que no nos permite definir el concepto de nación de esta forma” (78). Repara, Gellner, en que no alcanza la intención de reunión para constituirse como comunidad nacional, así como tampoco alcanza la cultura en común para hacerlo, ya que sus fronteras “unas veces están muy bien definidas y otras son muy difusas; las pautas pueden ser terminantes y sencillas o, bien, tortuosas y complejas” (79). Propone que en la constitución y mantenimiento de los grupos se dan dos agentes genéricos fundamentales, dos posibilidades que conforman las

---

<sup>4</sup> A pesar de compartir con Renan la idea de que estos parámetros son insuficientes para definir una nación, creemos, junto con Gil Delannoi, que “no se puede prescindir de estos criterios” (15).

### *Aproximaciones a la idea de nación: convergencias y ambivalencias*

bandas opuestas del espectro: por un lado, la identificación y adhesión voluntaria y, por otro, “el temor, la opresión y la coacción” (77). La perduración de un nosotros nacional se basa, desde su punto de vista, “en una mezcla de lealtad e identificación (de adhesión voluntaria) e incentivos —positivos o negativos— ajenos (esperanzas y temores)” (78).

Gellner percibe al Estado como agente de cohesión que media entre la voluntad y la cultura para la definición de lo nacional; la fusión de estos tres elementos será, como señalamos, fuertemente normativa e infrecuentemente incumplida. Pero, además de esta tríada, para la conformación de la nación es fundamental, según Gellner, que se cumpla como prerrequisito la existencia del nacionalismo, hecho que pone a rodar la siguiente paradoja: “las naciones sólo pueden definirse atendiendo a la era del nacionalismo, y no, como pudiera esperarse, a la inversa” (79-80). Lo que él entiende por nacionalismo no es el simple despertar de una afirmación política de tal o cual nación, sino “esencialmente la imposición general de una cultura desarrollada a una sociedad en que hasta entonces la mayoría, y en algunos casos la totalidad de la población se había regido por culturas primarias” (82). Para esta imposición será crucial la difusión generalizada de un idioma que la escuela mediatiza y el aparato burocrático y tecnológico codifica según sus exigencias. Por otra parte supone, siempre según este autor, “el establecimiento de una sociedad anónima e impersonal, con individuos atomizados, intercambiables” (82), homogeneizados por una cultura común impuesta por una minoría.

Lo antedicho se vuelve problemático si consideramos que actualmente lo propio y lo ajeno en términos nacionales es una oposición que se desdibuja. Como observa García Canclini, en *Consumidores y ciudadanos* (1996), las mutaciones constantes en las tecnologías de producción, en la comunicación más extensiva e intensiva entre sociedades y la consecuente ampliación de deseos y expectativas “vuelven inestables las identidades fijadas en repertorios de bienes exclusivos de una comunidad étnica o nacional” (15). García Canclini interpreta que la identificación con la pertenencia nacional que exaltaban los nacionalismos de los años sesenta y setenta, “es vista hoy como el último esfuerzo de las elites desarrollistas, las clases medias y algunos movimientos populares por contener dentro de las tambaleantes fronteras nacionales la explosión globalizada de las identidades y de los bienes de consumo que las diferenciaban” (15). Ahora bien, de este estado de la cuestión no inferimos la insuficiencia actual de la nación para darle sentido a la vida comunitaria, más ligada en el planteamiento de García Canclini al poder de consumo. Observamos, en cambio, que la dispersión y proliferación de diferencias no destruyen totalmente la idea de la nación como lugar de pertenencia, de arraigo, de proyección y amarre comunitarios y de resistencia a los nuevos imperialismos. Y notamos, sobre todo, que no aniquilan los

*Luciana Andrea Mellado*

fuertes e internalizados lazos de fraternidad existentes entre los miembros de una nación, quienes llegan, en no pocos casos, y como la historia de los últimos siglos muestra, a matar o a morir para preservar los límites imaginados de esa comunidad.

*Universidad Nacional de la Patagonia "San Juan Bosco"\*  
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales  
Ciudad Universitaria. Ruta 1. Kilómetro 4  
Comodoro Rivadavia. Chubut (Argentina). CP 9005  
lucianamellado@infovia.com.ar*

## **BIBLIOGRAFÍA**

- AHMAD, Aijaz. "Literatura del tercer mundo e ideología nacionalista".  
González Stephan, Beatriz. (comp.). *Cultura y tercer mundo*.  
Venezuela: Nueva Sociedad, 1996: 61- 98.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el  
origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: F.C.E., 1993.
- BACZKO, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas  
colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.
- BAECHLER, Jean. "La universalidad de la nación". Gauchet, M.; Manent, P.;  
Rosanvallon, P. (dir.). *Nación y modernidad*. Buenos Aires: Nueva  
Visión, 1997, 9-28.
- BHABHA, Homi. "Narrando la nación" (Londres: Routledge, 1990).  
Fernández Bravo, Álvaro (comp.). *La invención de la nación. Lecturas  
de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial,  
2000, 211-219.
- BLENGINO, Vanni. *La zanja de la Patagonia*. Buenos Aires: F.C.E., 2005.
- CASTORIADIS, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad* (1975).  
Barcelona: Tusquets, 1993, T.1. *Marxismo y teoría revolucionaria*.
- DE OTO, Alejandro. "Tiempo, historiografía y nación". Vernik, Esteban  
(comp.). *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*. Buenos  
Aires: Prometeo, 2004; 39-64.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos  
multiculturales de la globalización*. México D.F.: Grijalbo, 1996.
- GEERTZ, Clifford. "La política del significado". *La interpretación de las  
culturas*. México: Gedisa, 1991.
- GELLNER, Ernest. "1-Definiciones" y "5 -¿Qué es una nación?". *Naciones y  
nacionalismo*. Buenos Aires: Alianza, 1991; 13-20 y 77-88.

*Aproximaciones a la idea de nación: convergencias y ambivalencias*

- GIL, Delannoi. “La teoría de la nación y sus ambivalencias”. Gil Delannoi; Taguieff, Pierre-André (comps.). *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Paidós, 1993, 9-17.
- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz. “Economías fundacionales. Diseño del cuerpo ciudadano”. González Stephan, Beatriz (comp.). *Cultura y tercer mundo*. Venezuela: Nueva Sociedad, 1996, 17-47.
- JAMESON, Fredric. “Sobre los Estudios Culturales”. Jameson, Fredric y Žizek, Slavoj. *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós, 1998.
- LVOVICH, Daniel. “Nación e imaginación”. Vernik, Esteban (comp.). *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*. Buenos Aires: Prometeo, 2004, 65- 82.
- RENAN, Ernest “¿Qué es una nación?” (1882). Fernández Bravo, Álvaro (comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, 2000, 53- 66.
- VERNIK, Esteban. “Presentación”. Vernik, Esteban (comp.). *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*. Buenos Aires: Prometeo, 2004, 9-10.